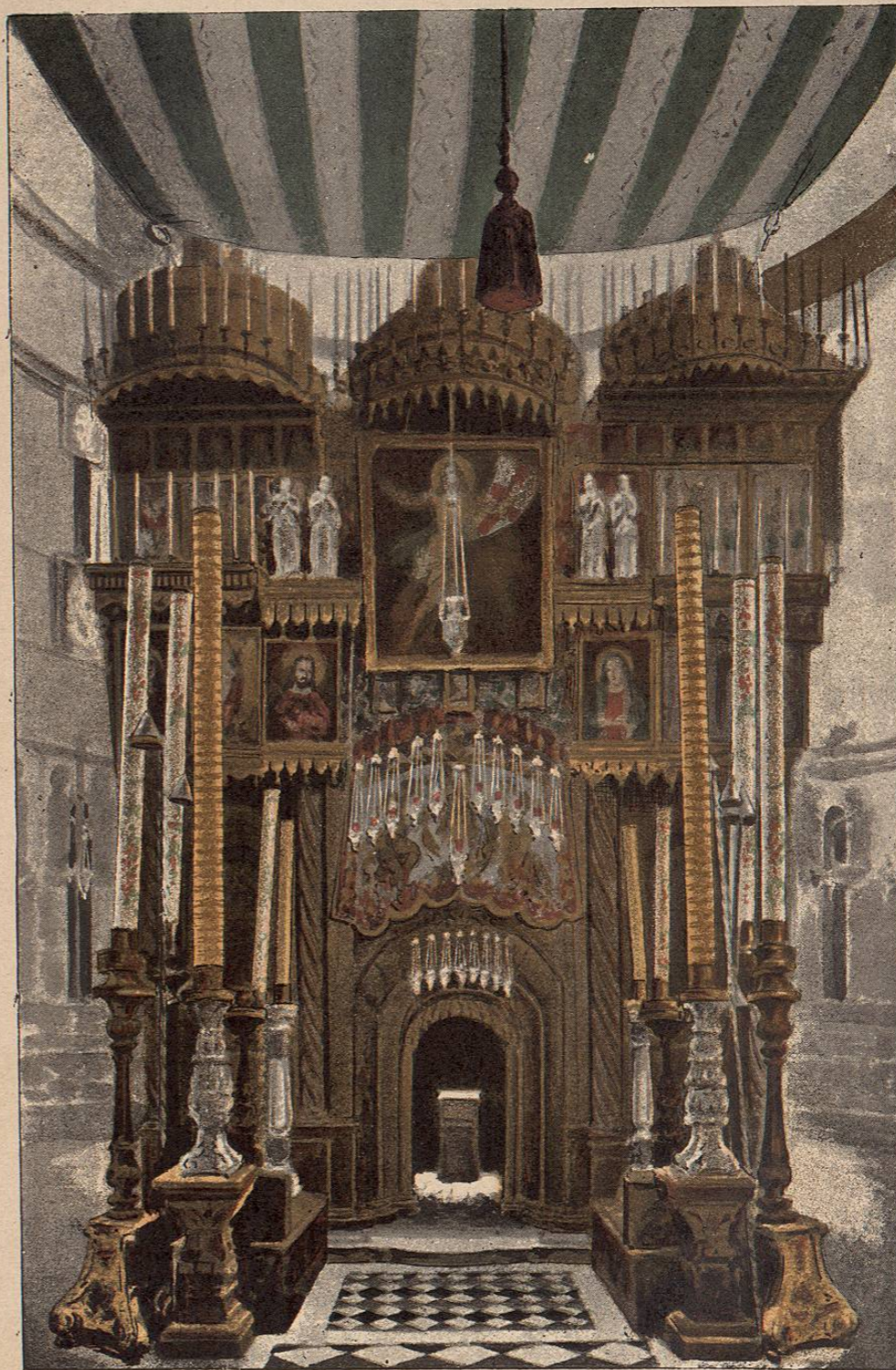


cadáver, y porque hasta tanto que no le resucitara, el mundo lleno de vida, no hubo en ellos fe ninguna en cuanto a él se refiere. Después del *conatus* est el amor queda, pero la fe no queda completa, y esto es lo que la Iglesia expresa por el Viernes Santo, cuando apaga sucesivamente todos los cirios excepto uno, que representa a María. La fe no podía permanecer en el corazón de María; pero la esperanza, constantemente guardaba el secreto divino, que era para ella un tesoro, a la vez un tesoro de fe y un abismo de dolor.

Con estos pensamientos, atentos de dirigir nuestros ojos, confundidos de dolor, llenos de admiración reverente, henchidas de fe nuestras almas, pasamos por encima de aquel bendito suelo pisado por las divinas plantas, regado por aquella sangre purísima que los místicos sagrados del siglo anterior, examinemos los veinticinco pasos que hay desde el punto de la *Piedra de la Unción*, hasta la tumba, que está situada en el centro de debajo de la gran puerta.

Antes de entrar en aquella tumba vaciada que tiene ese sepulcro vacío, por una vez que se tenga de verlo, es preciso detenerse un momento, concentrar el espíritu y recoger algo las ideas cuya aglomeración perjudicaría el fruto de tan dichosa vista. Tampoco es regular que uno entre repentinamente en ella, ya que se arrodillan a su vista, como los peregrinos, que se arrodillan con sus lágrimas, rezando el *Padre Nuestro*, y con tanto pavor, van entrando reverentemente en ella, como si se vieron las Marías cuando los dijo: *Ecce homo*, que se vuelven a arrodillar, ya para avivar su fe, ya para depositar en ella todo afecto terreno, recordándose que van a pisar un lugar más santo que el que pisara Moisés al acercarse a la inflamada zarza del Oreb... *Mortuus, et sepultus, tertio die resurrexit a mortuis*. Oh, y cuán dulce es pronunciar allí mismo esos artículos. El alma se queda embargada y el cuerpo se olvida que es de carne. La gloria de la Redención parece que se siente allí más íntima y más cerca, por el contacto de aquella cosa enardece el corazón, y que tal se asemeja a la voz del grande Apóstol: «Si habéis resucitado, no os alegréis basando las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre. Saboraos en las cosas del cielo, no en las de la tierra. *Quoniam quiescite, quae sursum sunt sapite*».

Pilatos, que se había visto, con tanto respeto, obligado a tomar en todo el negocio de la crucifixión de Jesucristo, que de cualquiera manera, no quería meterse en ello a lo que le dijeron: «Señor, nos



A. Serriá, Dib.

EL SANTO SEPULCRO

V. Labiella Sc.

Salvador Ribas, Editor.

hemos acordado de que es impostor, cuando aun vivía dijo: Después de tres días, resucitaré. Ordena pues que se guarde el sepulcro hasta el día tercero, no sea que sus discípulos vayan á robar el cuerpo y digan al pueblo: ha resucitado. Y el último error sería peor que el primero.» Respondió con bastante sequedad: «Teneis soldados; id y guardadle como os parezca.» De buena ó de mala gana, tuvieron que pasarse sin soldados romanos. Los judíos fueron, pues; cerraron cuidadosamente el sepulcro, sellaron la piedra y pusieron allí á los porteros del templo.

Ninguno de los Evangelistas nos ha referido el hecho mismo de la resurrección. Han visto al resucitado; no dicen cómo resucitó. Probablemente no lo han sabido nunca. El que más lejos va en los incidentes de aquella famosa noche dice, sin precisar la hora, que se produjo un gran temblor de tierra, que un ángel bajó del cielo, echó al suelo la piedra que cubría el sepulcro y se sentó encima. Su rostro brillaba como un relámpago, y su vestido era blanco como la nieve. Los guardas, heridos de espanto, quedaron como muertos. Desatinados, fuera de sí, corren á Jerusalén á decir lo que han visto. San Mateo añade que se celebró un consejo de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo, y que allí se decidió comprar el silencio de los guardas. «Les dieron, efectivamente una gran suma de dinero con este encargo: Decid que los discípulos fueron por la noche y lo sacaron en tanto que dormíais. Y si el gobernador llega á saberlo, le apaciguaremos y os dejaremos á cubierto. Los soldados, habiendo el dinero, hicieron lo que se les había dicho, y aquella impostura extendida por ellos, todavía dura entre los judíos.» He ahí lo que escribe S. Mateo, lo que escribió en Jerusalén hacia el año 42, es decir, ocho ó nueve años después, en el momento en que los testigos de aquel hecho vivían todavía y habrían podido darle público metís.

Entre tanto había llegado el domingo. El alba comenzaba á lucir. Las santas mujeres, habiendo tomado sus aromas y sus vasos de perfumes, se dirigían al sepulcro. Mas ya Magdalena había llegado. Estaba allí «cuando las tinieblas cubrían todavía la tierra», mientras que las santas mujeres no llegaron hasta que «había salido el sol». La habíamos dejado allí la última el viernes por la tarde; y nada menos que las prescripciones legales más absolutas habían sido necesarias para arrancarla de allí. Allí volvemos á encontrarla la primera el domingo por la mañana, aun antes de salir el sol. Se desliza en medio de la obscuridad. ¿Por qué había ido? ¿era sólo por esa necesidad del dolor que hace que, cuando hemos perdido un sér amado, sólo nos hallemos bien al pie de

su tumba? ¿O bien esperaba ella algo? ¿Había sentido en su corazón durante aquel largo día del sábado, un presentimiento consolador? San Mateo parece indicarlo. No llevaba aromas. «Iba, dice él, á ver el sepulcro.» Llega y á través de la obscuridad que comienza á disiparse, advierte que han quitado la piedra. No mira más. La idea de una profanación se ofrece á su mente y la hace temblar horrorizada. Corre en la casa donde vive Simón, Pedro y el discípulo amado. Entra desconcertada. «Han quitado al Señor del sepulcro, dice, y no sabemos en donde le han puesto.»

La emoción de San Pedro y de San Juan llega al colmo. Se advierte á través del relato de los Evangelistas. «Pedro se levanta en seguida y se va al sepulcro... Y ambos, Pedro y el otro discípulo, *corrian*, y éste *corrió* más de prisa que Pedro.»

Llegan, Juan el primero. «Y habiéndose inclinado, vió los lienzos en el suelo; pero no entra. Pedro, que le seguía, llega, y entra en seguida y ve los lienzos en el suelo, y el sudario que cubría la cabeza, no entre los lienzos, sino doblado en sitio aparte.» Pedro no sabía qué pensar. Aquellos lienzos en el suelo, y aquel sudario doblado y enrollado cuidadosamente, no eran indicios de sustracción furtiva. Todo parecía indicar que aquel sepulcro había sido testigo de un despertar dulce y tranquilo. Mas Pedro estaba asombrado y no sacaba conclusión alguna.

«Entonces entró el otro discípulo, el que había llegado primero. Vió y creyó: pues los otros apóstoles todavía no sabían que era necesario, según la escritura, que el Cristo resucitase de entre los muertos.»

*Vió y creyó.* Creyó cuando San Pedro no sabía qué pensar. Creyó cuando Magdalena no creía aún. ¡Bienaventurados los corazones puros, porque verán á Dios! Jesús tiene mayor ternura para Magdalena; pero San Juan tiene mayores dones. La primera besa sus pies; el segundo descansa sobre su pecho. No tardará en aparecésele á la una; no necesita aparecésele al otro. El corazón puro tiene intuiciones más penetrantes que el corazón arrepentido.

Doce metros á la izquierda, por el lado Oeste de la *Piedra de la Unción*, se encuentra el lugar desde donde las santas mujeres veían á Jesucristo clavado en la cruz. Este sitio está marcado con el pavimento por una piedra circular, sobre la cual se levanta una especie de jaula de hierro; de cuya cúpula pende una lámpara constantemente encendida.

Seis metros más allá, hacia el Norte, empieza la rotonda y vese uno colocado debajo de la gran cúpula de la basílica. Las pinturas que

lo adornan en la parte interior son triste y elocuente testimonio del criterio que presidió á la obra en vez de grandes cuadros representando escenas de la vida del Salvador ó de sus apóstoles, se distinguen por la carencia absoluta de imágenes y emblemas religiosos; así lo exigieron del pintor francés, por nombre Salzmán, los tres gobiernos, que pensaron de esta manera neutralizar en cierto modo la cúpula lo mismo que el santo edículo por ella cobijado, y así ha resultado que la bóveda del santuario más augusto de la cristiandad ostenta una ornamentación enteramente profana.

Debajo de esta cúpula y ocupando el centro de la gran rotonda hállase el edículo del Santo Sepulcro, reconstruído por los griegos después del incendio; es de forma prolongada, cuadrada al Este donde tiene la entrada y pentagonal al Oeste, y mide ocho metros y veintiséis centímetros á lo largo, por cinco metros y cuarenta y siete centímetros en su mayor anchura. De mármol todo él, adórnalo en el exterior diez y seis pilastras, y una pesada cúpula greco-rusa cobija la capilla del Sepulcro, habiendo reemplazado al esbelto remate del siglo XVI, debido á la restauración del P. Bonifacio de Ragusa. El vestíbulo, llamado *Capilla del Ángel*, está igualmente decorado con pilastras de tres metros y cuarenta y cinco centímetros de largo, por dos metros y noventa centímetros de ancho; contiene en su parte central, dentro de un marco de mármol blanco, parte de la pesada losa que había cerrado la estancia sepulcral y en la que vieron las santas mujeres sentado, á un ángel que les anunció la gloriosa Resurrección. Quince lámparas arden constantemente en la capilla, y pertenecen cinco á los latinos, otras tantas á los griegos, cuatro á los armenios y una á los coftos.

Por el hueco de una puerta baja, estrecha y abierta en la roca, penetrase en la estancia sepulcral que mide dos metros y siete centímetros á lo largo, por un metro y noventa y tres centímetros á lo ancho, de modo que sólo puede contener cuatro ó cinco personas á la vez. La claridad del día no penetra en ella jamás, y cuarenta y tres preciosas lámparas, pertenecientes en número igual á católicos, griegos y armenios y cuatro á los coftos, la iluminan de día y de noche. Revestida por completo de mármol blanco, así por fuera como por dentro, ocúltase bajo esta artificial cubierta, la pelada roca que la formó en otro tiempo y que á pesar de las repetidas demoliciones y reconstrucciones que ha tenido, existe todavía, según así lo acreditaron el formal testimonio del P. Bonifacio de Ragusa en 1555 y el más reciente Padre español Trifonio Lopez, que vivía aún en el año de 1852. Este venerable anciano que asistiera en 1800 al incendio de la basílica y pasó

más de medio siglo en la Tierra Santa, pudo contemplar el venerable edículo despojado de su revestimiento marmóreo mientras lo reconstruyeron los griegos, y afirma igualmente la existencia de una masa de roca debajo de las tablas de mármol que la ocultan. Esto es causa de que muchos autores, por espíritu de devoción algunos, por interés de la historia de la arqueología los más, deploran de que no se haya dejado el lugar en su forma y desnudez primitiva. Atiéndase, empero, que á ello hubieron de obligar como sucedió con la Piedra de la Uñción, las indiscreciones de los fieles; de no haberse apelado á tal recurso para proteger el sepulcro y la cueva, es casi seguro que á fuerza de llevarse de ellas las reliquias, habrían desaparecido. Además, la piedad tiene también sus derechos y es difícil concebir que se resignara á dejar los sitios que Jesucristo regó con su sangre escuetos y pelados como estaban en tiempo de Poncio Pilatos; abandono semejante le habría parecido muy cercano á la profanación.

En la pared septentrional de la estancia, álzase, á setenta y siete centímetros sobre el nivel del suelo, el sepulcro de Jesucristo, que es una especie de nicho rectangular labrado en el espesor de la peña; con el revestimiento de mármol que lo envuelve y lo transforma en una especie de sarcófago y altar; mide dos metros á lo largo por noventa centímetros de ancho. En el centro de aquélla vése un bajo relieve en mármol representando la resurrección del Salvador, y á los lados pinturas del mismo asunto; el bajo relieve pertenece á los griegos, y los cuadros, el de la izquierda, á los Padres de Tierra Santa, y el de la derecha á los armenios. Jarrones con flores diariamente renovadas, esparcen en la capilla suavísima fragancia.

Detrás del templete y adherido al mismo hay un altar cerrado con una verja de hierro que durante la época latina sirvió para officiar en la capilla del Santo Sepulcro y era el propio de la misma. En el siglo XVI pasó á poder de los coftos.

Situadas otra vez en la rotonda vémosla rodeada de espaciosas salas á las que llevan once puertas de escasa altura. Pertenecen á los griegos todas excepto una, que es propia de los sirios y jacobitas, y estrecho pasadizo guía desde ella á la estancia sepulcral de José de Arimatea; seis son los nichos ó verdaderas tumbas judaicas en ella contenidas, labradas paralelamente á la peña y de todo punto iguales á la del Salvador y á las otras descubiertas en las cercanías de Jerusalén; suponen algunos que allí fueron sepultados el referido José de Nicodemus. No consta sin embargo, el punto en que aquél falleció, pues al paso que hay quien sostiene haber quedado en Jerusalén, dicen otros que con

Lázaro, Marta y María fué á Provenza y de allí pasó á Inglaterra, donde murió y fué su memoria tenida en gran veneración. Estas sepulturas, conforme antes hemos indicado, son nuevo é irrefutable testimonio de que el lugar que ocupa la iglesia del Santo Sepulcro estuvo situado á extramuros en la época de Jesucristo.

Delante del venerado edículo, con dirección á Oriente, extiéndese el antiguo coro de canónigos y hoy nave de la iglesia griega de treinta y seis metros de longitud. Tiene la entrada por el llamado *arco del Emperador*, y en verdad que sorprende su ornamento por la brillantez de los dorados y las pinturas que lo forman. Según tradición, allí mismo estaba plantado el huerto de José de Arimatea. Cuatro robustas columnas sostienen en el centro cuatro arcos ojivales, sobre los que se alza una cúpula en forma de media naranja. Entre la puerta y el coro, en el cual se ven las sedes de los patriarcas de Jerusalén y Antioquía, muéstrase un rosetón incrustado en el suelo, y en él una pequeña esfera colocada en un vaso de mármol: allí está, dicen los griegos, el centro del mundo, *umbilicus terra*. El coro y altar mayor llamado el *Santo de los Santos*, están separados del resto del edificio, según usanza griega, por un tabique formando un *inconoclastrum*; en él no se da á los extranjeros fácil acceso.

A poca distancia del ábside, una escalera de veintiséis gradas lleva á la capilla subterránea de *Santa Elena*, elevada en el sitio donde permanecía en oración la piadosa emperatriz, en tanto se trabajaba en busca de la Cruz del Salvador. Tiene unos veinte metros á lo largo, por trece á lo ancho, y está situada á cinco debajo del nivel de la iglesia; dos ábsides la terminan por el lado de Oriente, y su parte central recibe luz por una pequeña cúpula sustentada por cuatro macizas columnas con capiteles de aspecto bizantino. Esta capilla, cuya bóveda es lo único que recuerda la época latina, datará probablemente de la restauración llevada á cabo por el abad Modesto y es la parte del edificio primitivo que menos transformación ha experimentado. Es propiedad de los abisinios, y está adornada con lámparas y huevos de avestruz suspendidos en la bóveda.

Bájense otros tres escalones y se llega á la capilla de la *Invencción de la Santa Cruz*, oratorio de forma irregular, de unos siete metros á lo largo, por casi otro tanto en su mayor anchura, propio de los Padres latinos. Fué construída sobre antigua y abandonada cisterna en la que, consumado el gran delito, fueron enterrados según costumbre judaica, los instrumentos que sirvieron para el suplicio á fin de evitar que alguien, tocándolos quedase impuro á lo menos por ocho días; allí fueron halladas